

SABADO ARGENTINO

"En ocasiones ocurre así. En el noviembre de 1933 —un florido noviembre del Plata a plena primavera y cielos luminosos: ¡noviembre y primavera!, qué extraña y subversiva sensación la del otro hemisferio con sus estaciones al revés! O al derecho, dirá el niño de la escuela de Buenos Aires, o Santa Fe, o Córdoba, y al revés nosotros, los de esta mitad del globo que nos asomamos por las rendijas del Trópico de Cáncer para columbrar, allá abajo, el escorzo meridional con su gran estuario que nos asegura Lugones es del color del león, y su Cruz mágica del efluvio que hace soñar a mis amigos de allá...—, en aquel noviembre las candilejas del Teatro Smart de Buenos Aires —escorzo de escorzo— alumbraron una magnífica, una hermosa farsa dramática de César Tiempo, *El Teatro soy Yo*. La obra naufragó en el vacío de la pública indiferencia y muy a pesar de la justísima y unánime laudanza de los críticos —quienes, dicho sea en su honor, a inmediato percibieron la presencia de un gran espíritu— *El Teatro soy Yo* debió resignarse a perecer brevemente en el foro y a ceder plaza a alguno de esos insoportables comprimidos de estulticia y cursilería que allá y aquí son tan del gusto del amancebado adocenamiento ciudadano. Conozco el repertorio y no me son extraños los nombres de los afortunados industriales del teatro argentino. ¡El ideal bolivariano del hispanoamericanismo es un hecho, al menos por lo que hace a la efusiva solidaridad del gusto público! Entre la pampa de opereta y el tango, allá, como entre la mixtificación oropelesca del campo mexicano y el imperio sentimental de la laocracia dramática española contemporánea, aquí, tienen a estas pobres y estragadas parroquias convertidas en una pura desgracia.

"Hace, pues, cuatro años bien rebasados de aquella noche de primavera en la que las candilejas iluminaron la pasión de *El Teatro soy Yo*, y yo, que acabo de leer ahora el espléndido drama, me siento compelido por el dictado de una seronda y humillada protesta a salir con mi Domingo Siete; ¡pero es bueno, en ocasiones, salir con Domingo Siete! La actualidad es el solo fuerte de los necios y, a poco pensarlo, ¿qué es lo actual y qué cosa grande de ayer no es actual? Yo sé decir, por mí, que lo actual es lo que me duele y por dolerme vive actualmente en mi sentimiento. Actuales son Baruch Spinoza, el del ghetto de Amsterdam, y Dostoyewsky, el de la Suburra de Petersburgo, y no la intonsa monsegra paganoide de Rosemberg, el racista, aunque ésta clame en nuestros días, que no clamará ya mucho, no clamará... Me pasó lo que Carlomagno —según recuerdo haber oído contar de labios de mi maestro de aquella escuela de provincia— cuando al enterarse por un fraile que le hacía compañía, y lo ilustraba, ocho siglos después, de los sufrimientos de Cristo el día de su sacrificio, rugía de rabia el del Santo Imperio Romano-germánico y sollozaba, mesándose los cabellos: ¡Ah, si hubiera estado yo allí con mis francos!... ¡Y hacía ochocientos años que el Redentor había expirado en la Cruz, entre los dos ladrones y bajo el retumbar de los cielos de Palestina! En Buenos Aires, sin embargo, fué acogida la obra de César Tiempo; en México no hubiera tenido, siquiera, la oportunidad de hacerla leer a ningún empresario. No creo que abunden mensajes como el de *El Teatro soy Yo*. ¿Y quién quiere mensajes ahora? ¿Quién se acuerda de aquellos soberanos héroes de Ibsen que se revolvían de angustia y morían porque habían visto a la cara de Dios? Estos públicos de la ñoña compota de los Martínez Sierra y los Luis de Vargas no mueren, ciertamente, por tan poca cosa, ni conciben que nadie perezca porque miró la cara de la divinidad. También la obra de César Tiempo es honda y por honda no hizo fortuna en el mercado de los cachivaches. La miel que le mana por todos los poros —¡ah, sí, porque le mana, y no en gotas dosificadas, sino a torrentes!—

tiene sangre y compromete demasiado al corazón. Cuanto a la técnica pirandelliana a que aluden sus críticos, no me interesa. ¿Qué es eso de la técnica, después de todo? Eso no es una dimensión. El poeta lo es porque trae un mensaje, no una técnica. Y los *Seis personajes en busca de un autor* y *El Teatro soy Yo* será, a pesar de todo, *El Teatro soy Yo*, cada una dentro de su órbita respectiva, cada una con su duelo a cuestas y su grito propio, y todo lo demás de cada una.

"Este grito de César Tiempo sólo podía haber estallado en Buenos Aires, la metrópoli del castellano que con Nueva York conjuga el misterio de las razas que se funden en el crisol americano. Su ghetto es considerable como el de Londres o Varsovia y el aluvión que de todos los rumbos del planeta ha caído sobre el Plata y se ha instalado en su margen argentina, no tiene parangón con ninguno otro que haya arribado a nuestras patrias. Hijo de ese aluvión, César Tiempo desdobra en sí dramáticamente la pluralidad del sino de Buenos Aires. Tras este César Tiempo de adopción canta el hebreo Israel Zeitlin, poeta de la antigua gente de los Salmos hoy esparcida sobre el haz de la tierra y perseguida y escarnecida por la saña y la locura. A la familia doliente pertenecieron Maimónides, el español, y Spinoza, aquel dulce Baruch Spinoza, relojero y soñador, y Mendelson, el melifluo ruiseñor romántico, y Jacob Wassermann, mi amado Jacob Wassermann de *El hombrecillo de los gansos*, una de las últimas expresiones del genio europeo. A Karl Marx —a quien respetará el futuro aunque su obra haya sido reducida a sus justas proporciones— nadie podrá discutirle la eficacia revolucionaria de su mensaje: insertado está en la conciencia del tiempo y de la historia fatales, hebreo y apocalíptico como el de Isaías y el de San Juan. ¿Y quién es el osado que arranque el sangriento genio de Heinrich Heine de la gloriosa lírica alemana, en cuyo paraninfo ocupa escaño señorial? Einstein y Bergson fueron hijos del ghetto. Y en España, quien más, quien menos, llevan todos su gota de sangre judía. Quizás

la misma Santa Teresa la llevaba y Fray Luis el leonés, también. ¡Bendito sea Dios que me dió un cálido corazón y una ansia ávida en la que no me bulle un soplo de racismo! Será porque los primeros Magdalenos leoneses —leoneses como Fray Luis— fueron israelitas conversos o anusim, es decir, bautizados a fuerza, incorporados en el fragor de aquella hora a la universalidad del sentimiento hispánico. En Argentina, muchos poetas llevan seña de la procedencia mosaica. Pero ninguno tan hondo y verdadero como César Tiempo, a quien celebro ahora, cuatro años después de la indiferencia de Buenos Aires por su *El Teatro soy Yo*. Va para ocho de aquel 1930 en el que la Municipalidad del propio Buenos Aires le otorgó un primer premio por su *Libro para la pausa del Sábado*; quienes discernieron el galardón eran argentinos honrados y no fanáticos de la pequeña grito de "Argentina exclusivamente para argentinos" —¡pobre grito!— y sabían, como Juan Bautista Alberdi, que "color, cráneo, cerebro, todo es de afuera... "De afuera y no de adentro, no de adentro! Y la patria nace y se dilata merced a lo de adentro, ¡de muy adentro! Patria es creadora efusión —e infusión— de sangres, boda de un suelo con el mundo. Lo demás —¿y qué me importa a mí lo demás?— es humo y desvarío que se lleva el viento; pero que por desgracia siembra en las naciones el horror y la locura. ¿No dijo el auténtico americano, el genio de Darío: "Nuestra tierra está hecha para la humanidad"? ¡Pues es verdad y no un mero verso de virtuoso! Quien menos puede hablar de "Argentina exclusivamente para argentinos" es Argentina. ¡Pero si amamos a la dulce patria del Sur por eso: porque abrió su puerta y regaló paz e instaló en su regazo a todas las sangres del mundo!

"En la magnífica guía de la lírica argentina de José González Carbalho volví a topar con César Tiempo. Le encontré, tras la cumbre de oro de Leopoldo Lugones, el transido canto porteño de Evaristo Carriego, el misterio de Alfonsina Storni, la fervorosa geometría de Jorge Luis Borges, la flauta de caña y el libre viento de chacra de Luis Franco y el verbo tronador de Raúl González

Tuñón... Me conmovieron los acentos de la *Elegía a Mauricio Minkowski* y la extraña y áspera sensación bíblica de la *Arenga en la muerte de Jaim Najman Biálik*, el gran austriaco. Y pensé: ¡rica y feliz Argentina que tiene este canto del profundo judío, del tierno italiano, del grave eslavo y del vasco ubérrimo: cuando todos juntos formen un solo canto —un canto universal y argentino— qué soberana sinfonía va a vibrar bajo la Cruz del Sur! ¡Noble Argentina, "tierra de todos", cuño sonoro de nueva humildad! Cuando César Tiempo nació, allá por el año 6 —cuando yo, también, nací, bajo la advocación de otras estrellas americanas— llegaban al leonado estuario los barcos henchidos de inmigrantes, y había en todos los pechos una sacra premonición de Argentina ecuménica, hogar venturoso. Los poetas celebran el fasto. Y la patria creció. Muy pronto será una de las sedes del planeta. Pero a condición de no abjurar del ideal que la hizo grande y la hará más grande aún y no torcer su destino. ¡Qué vendimia argentina la de los hijos de los hijos del oscuro inmigrante de todas partes! "Color, cráneo, cerebro, todo es de afuera"; adentro está Argentina, como la miel en el nectario, el recinto más entrañable de América que no por un capricho fué bautizada con la comprometedor consigna de Nuevo Mundo. Argentina de Myriam Sambati6n, la hebrea, y Gaspar Liberi6n, el negro, ese Gaspar Rey del blués y de la horca, cuya sufridora sangre es, también, pan ácimo, y ha entintado a los patibulos del racismo que erigió Lynch, el aciago, el enemigo de Cristo. Con el dolor de las dos razas más odiadas del planeta —sal y vino execrados— redondeó César Tiempo ese grito argentino de *El Teatro soy Yo. Grito*, hágada americana —eso es lírico y es dramático y es judío— y bravo alegato contra la fiebre del materialismo de nuestro tiempo. Fina espiritualidad del judío, hoja de álamo en el viento: América necesita de tí. Y quédese el intonso persuadido por la engañifa procaz del racista y jadee, vesánico, Rosemberg: el genio de una patria estriba en la eficacia con que vuelve suyas a las sangres creadoras. El Sabati6n argentino, el gran Río de la

Plata, sea morada de sangres, razas, fes. Y cuando yo vaya a Argentina —que algún día he de ir, algún día he de ir— seré argentino como Rivadavia y Sarmiento y Lugones y el gringo argentinísimo y César Tiempo: total, americano y sacramento argentino.

“Nuestra tierra está hecha de vigor y de gloria,
nuestra tierra está hecha para la humanidad”.

“¿No es claro? El futuro es nuestro, César Tiempo, y tu Argentina y mi Argentina, patria inspirada, acendre las sangres de su aluvión y hágalas tuyas. Y desoiga la grito de los enemigos de Cristo y no abjure de su ideal. El Mundo Nuevo nace bajo el efluvio de la Cruz del Sur”.

MAURICIO MAGDALENO.

Méjico, 1938.



Tecnológico
de Monterrey

"PAN CRIOLLO"

"César Tiempo es el poeta a quien ha tocado el más extraordinario triunfo del momento teatral porteño. Enrique Muñoz y Elías Alippi han llevado su "Pan criollo" a la escena del teatro National, logrando interesar vivamente a núcleos inmensos de espectadores. Es un triunfo merecido por partida doble: por el autor, que se desangra en cada rasgo de su pluma, y por los actores, que hacen palpar con calor de vida pura cada intención del autor.

"Pan criollo" es una muestra de lo que puede ser el teatro argentino si sus comediógrafos se limitasen a captar la realidad que les rodea, sin atreverse con inventivas sutiles alrededor de los hechos cotidianos. Hay mucho que aprender en este "Pan criollo" —obra, "mise en scène", interpretación—, en el cual autor, director e intérpretes tocan y se afirman en toda la gama de las realizaciones teatrales: sainete, comedia, drama.

"Como obra de poeta, "Pan Criollo" es obra de desborde. El autor se vuelca entero en cada recoveco de la acción, sin prejuicios de orden puramente técnicos, por no decir absurdamente técnicos. Si aparece allí alguna picardía de oficio tendiente a lograr tal o cual efecto, es porque el oficio se ha formado espontáneamente en el fuero íntimo del autor y se ha puesto en evidencia paralelamente con su necesidad de volcar en molde nuevo —el teatro, esta vez— su urgencia de expresión. Y ha logrado una obra cabal. Su triunfo no extraña, porque César Tiempo estaba destinado a ello.

"Pan criollo" es una suerte de traslación de toda la obra poética del autor a los límites a la vez estrechos e inmensos de un escenario. Aparece allí, corporizado, objetivado, ese viento rubio de

la judería, cantado por él con repetido cariño. En "Pan criollo" se esquematizan todos los elementos de su poética, afirmada en volúmenes como "Libro para la pausa del sábado" y "Sabatión argentino". Claro está que la técnica del verso no impone límites directos al mensaje del poeta, en tanto que el teatro le obliga a una objetivación que disminuye la intensidad de las siluetas. Ejemplo flagrante es aquel Meier Dreier, que en el libro aparece resuelto en cinco cuartetas perfectas ("Narizón de angazo, rostro de ayuno...") y que en el escenario no consigue ser esbozado con la pequeña escena que le corresponde. Mal infinitamente menor éste, que el otro, gravísimo, en el que pudo caer: el de la abundosidad, el de la superposición de factores tendientes al logro de una mayor perfección.

"Pan criollo" tiende a demostrar una vez más cómo un espectáculo logrado lo es siempre en relación directa con el grado de cooperación a que arriben sin esfuerzo autor, actor y director. Esta obra se hubiera hundido irremisiblemente —cabe preverlo— en caso de ser enfocada desde un ángulo ajeno a su contenido más íntimo. La dirección y la interpretación de esta obra han hecho que César Tiempo aparezca en el escenario con un espectáculo perfectamente fiel a su estilo. Y era difícil lograrlo, pues nada se presta más fácilmente a la traición que la labor de un poeta de contenido evidente. Interpretar la labor de X., a quien convienen todas las interpretaciones, ya que serán todas exactas y ninguna verdadera, por carencia de unidad estilística en la obra, es más fácil que dar con el sentido evidente de un poeta como César Tiempo, cuyos trabajos tienen una ética y una estética perfectamente definidas.

"Merece el más alto aplauso este poeta, que ha sabido afirmarse en el teatro gracias a un mérito exclusivo, y a estos actores, que han sabido hacerle un lugar privilegiado en su escenario.

ARTURO CERRETANI.

(En "Ahora", del 15 de abril de 1937).